

# *Educación y democracia*

HELIO CARPINTERO\*

**A** la altura de nuestro tiempo, para casi todos los hombres tiene este asunto un sentido neto y evidente. Siendo dos dimensiones distintas de la existencia, una referida a la política, la otra al conocimiento, están las dos profundamente implicadas: no puede haber democracia efectiva sin educación, y difícilmente hoy puede darse una educación completa, personal, íntegra, que no contemple como horizonte suyo la democracia. Pero son dimensiones diferentes.

Educación significa, ante todo, el sistema de acciones regladas que permite la “humanización” y “socialización” del individuo dentro de un grupo social, adquiriendo información sobre el mundo y hábitos de convivencia y de autocontrol, de modo que pueda proponerse fines personales y modos de lograrlos. Supone, por lo mismo, un proceso de formación personal y autorrealización. Parece, en principio, que aquí nos movemos en el plano de lo individual.

Democracia, por otro lado, es una forma de organizar la polis, es un sistema político. Nos movemos, esta vez, en el horizonte de lo social. Supone un grupo y, con él, un poder social y el acceso al mismo y a su ejercicio. La democracia afirma que el poder reside en el pueblo, que éste se manda a sí

\* Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense.

mismo a través de representantes elegidos periódicamente, y que éstos condensan tras sí un respaldo mayoritario siempre abierto a la posibilidad de un cambio, de modo que otras posiciones puedan convertirse en mayoritarias, por persuasión y no por imposición.

Al lado de esas diferencias, no dejamos de encontrar ciertas estrechas conexiones entre ambas realidades. En efecto, las dos son dimensiones relacionadas con la vida práctica, y referidas a la adaptación del hombre al entorno .

El hombre, como animal político, está radicalmente afectado por su dimensión social. La democracia implica para él elecciones y decisiones con que configurar el sistema de poder de su sociedad. Y de otro lado, la educación también implica una serie de elecciones mediante las cuales ha de escoger la orientación de su vida y su manera de conducirse en ella. En ambos casos se trata pues de lo que llamaríamos “cuestiones prácticas”.

Pero además, las dos son dimensiones del hombre social e histórico. La democracia es una de las grandes vigencias de nuestro tiempo. Incluso los que no la practican —democracias populares, o de partido único— adoptan su nombre, como ha notado Marías en muchas ocasiones. También la educación es realidad social. Educación no es simple sabiduría o experiencia; es también idealidad sobre la figura del hombre con caracteres y peculiaridades propias de un aquí y ahora en que aquélla se realiza, dentro de un contexto histórico y social colectivo.

Finalmente, democracia y educación dependen esencialmente de una idea de hombre que les sirve de fundamento. Es una idea de hombre que implica unos rasgos definitorios bastante precisos: su perfectibilidad, su libertad, su responsabilidad, y su naturaleza o índole racional.

En ambos casos se parte de que el hombre no está hecho, ha de hacerse, ha de alcanzar ciertos ideales, disponiendo de recursos y eligiendo entre medios y fines diversos; es por ello también responsable de sí, y de algún modo ha de poder ser “dueño de sí”.

Mientras la educación ofrece valores, modelos y experiencias, la democracia permite la asunción de una cuota de poder y por ello también de responsabilidad.

Pero no cabe olvidar que a la democracia y a la educación de nuestros días el hombre ha llegado a través de un proceso trabajoso, y al que no todas las sociedades han conseguido alzarse. Sólo en ciertos lugares y ciertas épocas ha logrado el hombre abrirse paso para conquistar la libertad de hacerse a sí mismo. Recordemos, como experiencias de las que aún cabe aprender, algunas de las que la historia ofrece.

*Situaciones históricas.* Primero volvamos los ojos a la experiencia de Grecia. Allí, como se ha notado repetidas veces, la democracia tuvo la más estrecha interrelación con el sistema educativo.

El estado griego hace posible el desarrollo de las capacidades humanas. La Ley que rige a la ciudad es el Amo, el Soberano de los individuos; de ella depende todo lo bueno que hay en la ciudad que es, a juicio de Baker, “una común sustancia espiritual”. Gracias a la educación los individuos arraigan en la colectividad; alcanzan así un nivel racional, quedan puestos por encima de los meros deseos ;

por eso es una pieza esencial en la “racionalización” del ciudadano. Eso es lo que han visto Platón y Aristóteles. Así dice este último, en su *Política*:

“Nadie discutiría que el legislador debe ocuparse principalmente de la educación de los jóvenes y, en efecto, en las ciudades donde no ocurre así, ello resulta en perjuicio del régimen” (*Política*, V,1).

Pero hay aquí una esencial dualidad. Es verdad que cierta educación, verdadera y buena, hace del hombre un ser racional y político, capaz de conocer y decir y juzgar la verdad. Pero hay otra, más pragmática, que sólo busca capacitarlo a manejar a los demás, y usar de la cosa pública en beneficio propio. De esto ha sido buena prueba la sofística. Educar quiere aquí decir simplemente enseñar los modos y maneras de triunfar. De manera que la educación se somete a los fines de la política, y marca al tiempo los modos y valores que luego dominarán en ésta. Educación y política están esencialmente ligadas entre sí, en un círculo cuya clave radica en la última convicción moral dominante en la colectividad.

Demos un salto de siglos. Consideremos ahora el caso de Rousseau.

Es el tiempo de la Ilustración. Rousseau es el gran teórico de la democracia, en su *Contrato Social* (1762). Esta obra levanta enormes esperanzas y tremenda oposición. El libro fue quemado en la plaza de Ginebra. Aquel mismo año publicó también el *Emilio*, un libro que revoluciona la educación, divulgando ideas que había ya ido elaborando John Locke. Sus dos escritos fueron condenados como “destructivos de la religión cristiana y de todos los gobiernos”.

Aquí el estado es un instrumento al servicio del hombre. Éste, como hombre natural, apenas puede cubrir sus necesidades. Sólo logra la suficiencia combinando sus fuerzas con las de los demás, pero entonces se torna dependiente de estos otros. Eso representa una grave “insustancialidad”: la sustancia siempre ha sido aquello que es independiente. Eso es lo que se ha de remediar, lo que ha de lograr la política: que “cada uno, uniéndose a todos, no se obedezca sino a sí mismo y quede tan libre como antes”.

El modo de lograrlo es constituir una nueva realidad supraindividual. Cada uno pone la propia persona y el propio poder “en común”, y así todos ponen lo mismo, bajo la autoridad de todos, no dependiendo de nadie en particular. Se constituye “un cuerpo moral y colectivo”, una cierta “persona pública” que tiene su unidad, su “yo”, su vida, su “voluntad”, y que es lo que llamamos “ciudad”. Y sus integrantes, que ahora poseen la soberanía, son los ciudadanos, y a su través se expresa la naturaleza humana cuando operan en sentido general y no privado, dando cuerpo a una “voluntad general”.

El hombre en la democracia es así, a la vez, libre y suficiente, un cierto logro admirable como “la cuadratura del círculo”. Para vivir en ella, no dominado por la naturaleza y el instinto, requiere ser educado racionalmente, por y para la libertad. Aquí la condición política de nuevo requiere el apoyo de la formación personal. Ello implica conocimientos, pero sobre todo una formación para la acción que nace de los sentimientos y los motivos. La educación ha de ser primero la del sentimiento, luego la de la inteligencia. Y a su través se ligará el hombre a su patria: “Es la educación la que debe dar a las almas la forma nacional”. Y reflexionando sobre Polonia —ese pueblo que desapareció como nación— escribió:

“A los 20 años un polaco no debe ser un hombre más, debe ser un polaco. Quiero que al aprender a leer, lea cosas de su país; que a los 10 años conozca todas sus producciones; a los 12, todas las provincias, todas las carreteras, todas las ciudades; que a los 15 sepa toda su historia; a los 16 todas las leyes; que no haya una acción noble ni un hombre ilustre del que no estén llenos su memoria y su corazón, y de los que no pueda dar buena razón al momento...” (Consid. Polonia, 281).

No se puede vincular más enérgicamente los destinos de un pueblo a la formación de sus miembros. Educación y democracia son dimensiones que van ligadas en la naturaleza libre del hombre. Pero mientras la primera aspira a hacer hombres en general, la segunda ha de hacer ciudadanos de una determinada ciudad. Hay pues que educar en lo común y en la diferencia, lo que es un grave problema.

Y aquí se ve claramente la cuestión que aún hoy nos ocupa. ¿Cómo ha de ser la educación que promueva la democracia? ¿Acentuará lo común, lo racional del hombre, o más bien subrayará lo diferencial, lo sentimental, lo local y propio de cada campanario?

Tratemos sintéticamente de ver algunos de los problemas más acuciantes. Tienen que ver con varios puntos: el acceso a la educación; sus contenidos; su ajuste al tiempo histórico y también a la realidad democrática.

*Acceso a la educación.* La cuestión es clara. Todos los individuos de una colectividad han de poder acceder a aquella educación que sea “necesaria” para poder activamente participar en la sociedad. Además, deben poder obtener aquella formación que les permita sobrevivir. El saber es un instrumento para la vida, y para el ejercicio de la propia soberanía. Por eso el derecho a la educación se contiene dentro de la Declaración universal de los derechos del hombre. Se trata de poder sobrevivir.

Los límites de la educación son relativos al momento y al grupo social, de manera que no se puede hoy establecer cuál sea el perfil global unitario al que habría de corresponder una educación propia de nuestra época. El relativismo parece aquí inevitable. Otra cosa es el problema de las condiciones con que lograrla.

Parece que hemos de contar, entre otras cosas, con su gratuidad y con las implicaciones económicas que ello lleva consigo.

Notemos que aunque los individuos requieren educación, el tiempo en que han de obtenerla se resta de aquel otro que se dedica a trabajar y que tiene rentabilidad económica inmediata. Por eso la gratuidad tiene que ir enlazada con una “obligatoriedad”, que impida el uso abusivo de sacar al niño de la escuela para que se emplee como trabajador asalariado. Es verdad que hoy son ya muchos los partidarios de considerar que el estudio es un modo de capitalización de una sociedad. La educación es “también” un proceso de cualificación y una “inversión” económica. En todos los países occidentales el grado de desarrollo personal, el nivel de sueldo logrado y, en general, el nivel de productividad de un individuo correlacionan entre sí y, en gran medida, parecen depender del nivel de su educación, medido en años. Pero para ciertos grupos, sumidos en una existencia marginada, los beneficios a corto plazo del trabajo individual suelen importar más que aquel otro a largo plazo

que el sujeto obtendría con mayores cotas de formación. Tal situación demanda un serio control estatal.

Ha de haber enseñanza gratuita y obligatoria ofrecida por el Estado. En la Declaración universal de los derechos del niño, de 1959, por ejemplo, se contiene, en el punto 7, esta afirmación: “El niño tiene derecho a recibir educación, que será gratuita y obligatoria, por lo menos en las etapas elementales”.

La educación es el instrumento para la suficiencia personal en el mundo actual. Por eso es deber del estado satisfacer el derecho a la supervivencia que ahí se implica, respecto de cada uno de sus miembros.

Pero la educación es también un camino para la socialización. Y los diferentes grupos sociales procuran imprimir un sello propio en sus nuevas generaciones, a través de aquella. Ello implica el reconocimiento y puesta en ejecución del pluralismo social. Con ello se introduce un factor de grave diferenciación y discriminación.

Hay aquí un problema gravísimo. Desde luego, el pluralismo no puede ir en detrimento de la calidad, estructura y nivel de la enseñanza pública. No puede abrirse por ese lado una sima entre enseñanza privada y pública, en términos de calidad. Esto significaría un atentado al principio de igualdad de oportunidades, que la democracia defiende enérgicamente.

La igualdad, como algún autor (A.Anderson) ha notado, implica por lo pronto:

- Eliminación de los obstáculos de acceso a la educación para cada individuo (becas, gratuidad, etc.)
- Logro de una igualdad de resultados en el perfil educativo que logran sus estudiantes.
- Semejanza entre los grupos sociales, en cuanto a trabajos e ingresos.

Estos son criterios ideales a que aspirar, que sin embargo están lejos de nuestra realidad efectiva. Los alumnos de clase obrera, todavía hoy, tienen una menor probabilidad de acceso a la educación superior, y en gran medida se ven afectados por procesos de abandono y fracaso en la educación media.

Hay, en muchos lugares, desigualdad entre sexos, con una mayor presencia del sexo masculino en los niveles de educación más selectos (Escuelas técnicas, carrera diplomática... )

Otra cuestión grave es la escolarización de los muchachos procedentes de minorías religiosas, ideológicas o nacionales, frecuentemente segregados en la propia comunidad. La conciencia del problema está hoy muy viva, al haberse incrementado las migraciones de pueblos del Tercer Mundo a los países de occidente y aparecer con fuerza los problemas de su integración.

*¿Y qué tipo de enseñanza se requiere?.* Qué se haya de enseñar puede parecer una cuestión cuya respuesta habrá de ser distinta en cada país y en cada tiempo. Pero podemos tratar de contestar atendiendo a los sentidos básicos que posee el fenómeno de la educación.

Ésta, en efecto, tiene que ser vista: a) como inversión en capital humano ; b) como camino de realización personal ; c) como vía de integración nacional e histórica y, en fin, d) como vía de formación de ciudadanos en una democracia.

Recorramos brevemente esos puntos ahora.

*La educación como inversión.* Como inversión en capital humano, la educación es un proceso que mejora la calidad del hombre, y le convierte en un sujeto más calificado dentro del mundo de la producción. Los gastos en educación son, por tanto, inversiones en mejora del sistema operativo, que tiene por consecuencia una mayor productividad del individuo en la sociedad.

Por eso, en toda sociedad, la educación tiene que ser un proceso puesto al día de modo que las personas así formadas estén adaptadas al nivel de los tiempos. Ello requiere la actualización de conocimientos, el manejo de tecnologías de disseminación de información, y un ajuste a la realidad del país hecho posible por un proceso de orientación vocacional y profesional que atienda muy principalmente a la demanda social del mercado laboral.

*Educación como realización personal.* Toda educación ha de servir para formar a la persona, y ello quiere decir que ha de incluir un sentido antropológico, promoviendo la asunción de valores, incorporando un sentido crítico, de manera que se promueva en el individuo una conciencia personal, crítica, auténtica, con que construir la existencia.

Kant ya hizo notar que la realidad de la persona estaba por encima de todas las otras, en virtud de su singular dignidad. Entre nosotros, Marías ha insistido recientemente en que la persona es una realidad distinta de la de las cosas, una realidad emergente, viniente, que se va haciendo y por ello le pertenece siempre, en todo momento, una apertura al futuro, y una responsabilidad al elegir éste.

Toda educación en ese sentido ha de mostrar la existencia como quehacer moral. Ha de formar individuos capaces de dar un asentimiento personal a las exigencias democráticas de participación, corresponsabilidad, tolerancia, en razón de convicciones propias fundadas por referencia a valores y principios universales.

*La enseñanza como vía de integración nacional e histórica.* A través de la educación, los hombres se apropian una cierta tradición, y se incorporan a un grupo social, a una historia.

Me produjo muy viva impresión la única conferencia que oí, hace ya muchos años, a don Ramón Menéndez Pidal, en la que se refería al origen godo de la épica hispana. Allí aprendí que los germanos usaban canciones que les servían de memorias y anales. Esto, que al parecer cuenta Tácito, evidencia que la poesía épica, monumento de cultura, ha sido antes que nada un monumento de patriotismo y socialización.

Casi en nuestros días, a comienzos de la edad contemporánea, Fichte, al reclamar tras las derrotas ante Napoleón un esfuerzo para regenerar su patria alemana, hubo de decir: “necesitamos una Alemania nueva, generosa, animada de los grandes ideales... Esto sólo lo podemos alcanzar... por medio de una nueva Educación” (*Discursos a la Nación Alemana*). He ahí la función patriótica de la escuela, su papel único en el proceso de transmisión de aquellas emociones básicas sobre las que se asienta en buena medida el resto de nuestra personalidad, y la conectan de modo firme con nuestro propio núcleo social.

*La formación de ciudadanos.* Probablemente es cosa de eso que se llama la posmodernidad, pero en nuestros días se ha debilitado la conciencia de ser el hombre, en medio de todas las diferencias nacionales que se quiera, un ser racional, capaz de conocimientos y acciones sometidas a una ley de razón.

En nuestros días, la racionalidad tiene que adquirir una forma dialogal, puesto que siempre se hace presente el otro en el propio obrar bajo la forma de “una racionalidad comunicativa” (Appel, Habermas...). Aparecen entonces unos principios cuya existencia viene requerida por aquella nueva estructura, principios de inteligibilidad y veracidad, que pueden hacer posible el consenso, y con él, la aparición de una voluntad común mediante el diálogo —la forma que en nuestro tiempo va adquiriendo aquella “voluntad general” de que hablara Rousseau.

Pero eso quiere decir que el hombre ha de estar educado eficazmente para ejercer y desarrollar esa dimensión dialogante y comprensiva con la que hablar, entender, y participar en lo común.

*Una educación para la democracia.* Un estudio bien conocido y reciente de Jacques Delors sobre la educación presenta una síntesis de un programa, “Educación para la democracia”, que se estableció en Hungría, a petición de un grupo de instituciones pedagógicas.

Con él se aspiraba a consolidar y fortalecer los principios democráticos en Hungría, un país que ha salido de una situación largamente marcada por la autocracia comunista.

No deja de tener interés anotar los temas que en él se incluyeron:

1. Atención a la historia y las ciencias sociales.
2. Iniciación al derecho, con atención a su enorme papel en la democracia.
3. Reflexión crítica sobre las argumentaciones y juicios de valor.
4. Ética y formación moral.
5. Comprensión de la dimensión planetaria de la vida en el mundo, y entendimiento de los otros.
6. Pluralismo y educación en el pluralismo de culturas y creencias.

7. Reforma de la escuela para que no sea autoritaria en sus métodos a la hora de enseñar democracia.

No tengo datos de los resultados de este estudio. Sin embargo, está claro que en sus principios dominan, sobre todo, las tan cuestionadas Humanidades, aquí convertidas en clave de bóveda de esta educación. La construcción de una mentalidad madura democrática en la juventud no puede hacerse de espaldas a todos esos contenidos específicamente orientados a ofrecer una visión compleja, amplia, inteligente, de lo que ha sido y es la realidad humana en su devenir histórico.

Marco Aurelio ya dijo en frase inolvidable que como Antonino su patria era Roma, pero como hombre, lo era el mundo entero. La educación del ciudadano, en efecto, ha de ser siempre una educación que abra al contexto general de la humanidad y al horizonte de la racionalidad, sin perder de vista esas realidades insertivas que son la nación, y la región, y el tiempo propio.

*Problemas de la educación democrática.* La educación vive en nuestro tiempo una profunda crisis. La sociedad en que hemos sido fraguados, era ya cosmopolita e internacional, pero aparece casi como provinciana al lado de la “aldea global” hacia la que nos encaminamos.

A mi ver, la educación en nuestro país se enfrenta con varios problemas, que telegráficamente enunciados pueden verse así:

1. En cuanto Enseñanza-Inversión, nuestra enseñanza está en una medida excesiva alejada de las necesidades reales del mercado de trabajo.

La falta total de preparación en el campo de la Orientación Vocacional a que están sometidos nuestros estudiantes se combina, además, con la falta de una visión clara del horizonte laboral inmediato que va a producirse en la Comunidad Europea.

En ese sentido, nuestra Educación carece de las condiciones mínimas indispensables de *aggiornamento* en el horizonte social de la nueva Europa. La utilización de los pequeños remedios de los programas Sócrates y Erasmus no dice nada de la general carencia de información sobre la situación laboral del año 2020 que tienen nuestros estudiantes —y nuestros profesores.

2. No hay un aprendizaje real de la vida en democracia, en el sentido de la creación de hábitos de tolerancia y responsabilidad colectiva. Domina en nuestra sociedad un generalizado espíritu partidista. Nuestra vida política, social y cultural carece en exceso de criterios objetivos con que promocionar y valorar a las personas.

Nuestros universitarios saben que son más importante las buenas relaciones con los grupos dominantes que una formación técnica sólida, a la hora de su promoción profesional. Todavía está por venir la hora en que domine el deseado principio de Igualdad de oportunidades.

3. Hoy la Escuela tiene abierto ante sí un horizonte de problematismo al que se ha de dar la importancia que merece. Nótese algunos de sus rasgos:

a) Se ha desarticulado la enseñanza pública, al eliminar en ella los criterios de exigencia de calidad y la adopción de criterios políticos de “mantenimiento forzoso de la escolarización de todos”. La desaparición de los “suspensos”, y el irresistible progreso de todo escolar desde los primeros a los últimos grados sea cualquiera su nivel de aprovechamiento, están deteriorando la calidad del proceso formativo en su conjunto.

b) Se han introducido métodos supuestamente activos, que tienden a reducir la cantidad de información aprendida por los estudiantes. La guerra hecha a la memoria desde hace algunos años empieza a producir sus frutos, con estudiantes afectados por innumerables ignorancias.

c) Se ha aspirado a crear una Educación Técnica, de valor supuestamente utilitario para la vida, y se ha dado la espalda a la formación en los Valores, y muy particularmente a la formación en Humanidades. La filosofía y las humanidades clásicas abrían la mentes hacia la adquisición de un espíritu crítico, un sentido de racionalidad, y una comprensión de los problemas esenciales del hombre. Esto ha quedado minimizado.

c) Se ha producido una ruptura de la Escuela Nacional, en beneficio de las varias Escuelas Autonómicas Nacionales. Con ello se están dando pasos en la dirección del particularismo, de una visión desintegrada del pasado colectivo, y de la creciente insolidaridad entre los varios grupos humanos que conviven en nuestro país. En la mente de todos están las voces que se han ido levantando en tiempos recientes sobre innumerables cuestiones controvertidas en el campo de la formación de las nuevas generaciones.

Este curso organizado por Fundes pide reflexionar sobre la democracia, riesgos y demandas. Aquí hemos debido ceñirnos a hablar de la perspectiva educativa. Habrá siempre en ella que distinguir entre problemas políticos y problemas técnicos, aquí como en todas partes, que pueden ser diferenciados con claridad unos de otros.

Hay problemas técnicos referidos a la necesidad de crear aquella figura de persona educada que nuestro mundo práctico, nuestro tiempo, el mercado internacional, y las condiciones de nuestros sistemas políticos pueden requerir. Creo que son cuestiones en principio solubles, y que bastará que el gobierno y las autoridades educativas lo consideren de frente y se pongan de manos a resolverlas.

Pero hay problema políticos: Y estos dependen de la situación de indefinición última en que se mantiene nuestra constitución como nación. Sólo con sentido crítico y con capacidad de diálogo, sólo con participación de amplios sectores de la sociedad, y movilización de sus miembros, se podrán dar los pasos precisos que permitan crear una adecuada opinión pública, y que movilicen a todos en busca de un último y sólido acuerdo en torno a lo que ha de ser, en definitiva, la realidad española.

Se trata de movilizarnos todos, y de empezar ya. La vida histórica no espera.